

X potillas Un sermón. ~~Duplicado~~ IV, 105 I

~~En la Basílica de San Pedro~~

El 1<sup>o</sup> de Enero de 1930, llegué muy temprano a Roma, y lo primero que hice fué correr a la basílica de San Pedro a prepararme un lugar para oír el sermón que debía predicar en lengua española un agustino de quien se esperaba gran cosa según los periódicos. ¡Ay de mí! creía llegar muyas buen tiempo y he así que me encuentro poblada de fieles la sagrada nave. Gentes de todos lugares y principales peregrinos de España, Portugal y América, habían madurado para ir a colocarse lo más cerca posible del orador religioso. ¡Uché!, forcejeé; por fin logré colocarme victoriamente. Grandes cirios ardían en los altares. El altar mayor resplandecía de oro y de luz, con sus soberbias columnas salomónicas. Toda la innmensa basílica estaba llena de un esplendoso triunfo. De cuando en cuando potentes y profundos estallidos de órgano hacían vibrar de armonía el ambiente oloroso a incienso. El gran púlpito se levantaba soberbio y monumental, aguardando el momento de que en él resonase la palabra del nacorote. Pasó el tiempo.

Como un leve murmullo se espació entre todos los fieles, cuando llegó el ansiado instante. Apareció el agustino, caída la capucha, con los brazos cruzados. De su cintura esfida, al extremo de un rosario de gruesas cuentas colgaba un sacerdote de hierro. Arrodillóse enfrente del altar y permaneció poco un minuto en oración. Después, despacio, grave, colemne, subió las gradas de la cátedra. Descubrió su cabeza, cabesa grande, con una brufida calva de marfil, entre un cerquillo de cabellos canos. Era el fraile de talla más baja que alta, de ojos grandes y relampagueantes. Al pasar, vi su frente un tanto arrugada, y en su afeitado rostro las huellas del más riguroso ascetismo. Alzó la mirada a lo alto. Sobre su frente la paloma mística extendía sus alas. Diríase que el Santo Espíritu inspirador, el que envió a los apóstoles el celeste fuego se cernía en el angusto y sacro recinto; que la lengua del fraile recibía en su seno de suprema purificación, una hostia paradisíaca; en que le infundía el don de eloquencia y fortaleza el divino Pardelito. Fray Pablo de la Asunción - así el nombre- comenzó a hablar.

Dijo las palabras latinas con voz apagada. Despues, despues no podéis imaginaros nada igual. Pensad en un himno colossal cuya primera soberana armonía comienza con el fiat del Génesis y acabase con el sublime escenario del Apocalipsis; y apenas os acordaréis a lo que de aquella voce brotó conmoviendo y asombrando. Arón Moisés y su pueblo delante del Sinai; era la palabra de Jehová en el más impónente de los levíticos; era el estruendo vasto de los esquadrones bíblicos; las visiones de los profetas ancianos y las arengas de los jóvenes fornidas; eran Saúl endemoniado y el lírico David calmándole a son de harpa; Abealón y su cabellera; los rayos todos y sus triunfos y pompas; y tras el pasmo de las Crónicas, el dolor en el estercolero, Job el gemebundo. Despues el salmo florido o terrible pasaba junto al proverbio santo, y el cónico luego, toda manzana y rosa y mirra, de donde hizo volar el orador una bandada de palomas. ¡Truenos fueron con los profetas. Terriblemente visionario con Isaías, con Jeremías lloró; le poseyó el "deus" de Ezequiel; Daniel le dió su fuerza; Osias su símbolo amargo; Amón, el pastor de Tecua su amenaza, Sofonías su clamor violento; Aggeo su advertencia; Zecarías su sueño y Malaquías sus "cargas" Isaíticas. ¡Mas nada como cuando apareció la figura de Jesús, el Cristo, brillando con su poesía dulce y altísima sobre toda la antigua grandezza bíblica. La palabra de Fray Pablo modulaba, cantaba, vibraba, confundía, armonizaba, volaba, subía, descendía, petrificaba, deleitaba, asesiciaba, anconadaba, y en espiral incomparable, se remontaba, kalófonica y extrahumana hasta la círcula en donde los clarines de pistas saluden al Vicario de Cristo en las exelosas victorias pontificales. Mateo surgió a nuestra vista; Marcos se nos apareció; Lucas hablones del Maestro; el "predicador" nos poseyó; y despues que el gran San Pablo nos hizo temblar con su invencible prestigio, fué Juan el que nos condujo a sus fatuos aterrador y visionario; Juan, por la lengua de aquel religioso sublime, ¡el primero de cuantos han predicado la religión del Mártir de Judea que padeció bajo el

## Un sermón En la Basílica de San Pedro. [manuscrito] Rubén Darío.

**AUTORÍA**

Darío, Rubén, 1867-1916

**FECHA DE PUBLICACIÓN**

1892

**FORMATO**

Manuscrito

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

Un sermón En la Basílica de San Pedro. [manuscrito] Rubén Darío. 1892. 2 h.; 28 x 22 cm.

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)